



Martín nació ocupadísimo. Después, con el paso del tiempo, empeoró. Una exageración de vida tiene. El de apellido raro, se pasa casi todo el tiempo de sus tiempos, estudiando y haciendo cosas que siempre soñó. El audaz nace, pero también se hace. **Martín Inthamoussú** arriesgó y saltó sin red desde que un guiño paterno le dio el imprescindible “animate si es lo que querés”.

Martín estudia desde que estaba en la cuna y no paró nunca de hacerlo. Acumula títulos, posgrados y diplomas junto con premios y reconocimientos de todas partes del mundo.

Nunca jamás imaginó cuando era estudiante de la **Escuela Nacional de Danza** que algún día la iba a dirigir. En realidad, en el ómnibus en el que fue con su mamá y su hermana a dar la prueba de ingreso, tampoco pensaba que, en poquito tiempo, su vida se entrelazaría con artistas y maestros, aeropuertos y universidades, cartas de amor, espejos, escuelas y escenarios de Ámsterdam, París, en Rusia, Italia y tantos otros rincones del planeta. Ciertamente, la vida es más larga cada vez.

El audaz, estudioso, viajero, familiar, de apellido difícilísimo, el querido Martín, está feliz de la vida de que en unos pocos días, Uruguay tendrá la primera generación de graduados en Danza Contemporánea, carrera que él creó y no pudo cursar porque no existía. Se casó enamorado y hasta de manera casi militante con Guille y en los ratos libres que le quedaron en estos años, creó su propia compañía, se mudó, lloró, aplaudió y peleó. Él es único. Verdaderamente único. Tan dulce y tan adorado que a veces se asusta.

Martín es espejo del **Sodre** de antes y de siempre, pero con la pasión del futuro.

Él y sus historias, los viajes, los insomnios, las canciones, el mar, las caricias del mar. Martín es el torbellino entrañable que trabaja, entrega, baila, escribe, sugiere, cambia, corrige, protesta, organiza, comunica, acaricia, imagina, piensa, sueña, quiere y adora. Quiere y adora

la danza, las escuelas, a sus padres, tíos, hermanos, amigos, y a Guille todo el tiempo. El mundo es para Martín cada día menos ancho, menos ajeno.

Cuando en las noches largas encuentra un instante de paz, agradece pausada y detenidamente a todos aquellos que le abrieron esperanzas y ventanitas de oportunidades. Allí aparecen la escuela gratuita de danza en la que aprendió sus primeros pasos y que ahora dirige; el Sodre, el BNS, Julio Bocca por todo y por tanto, la gente que va a los espectáculos, sus maestras y maestros que ahora son su equipo. No le alcanza la tinta para agradecer. **Pero le sobra espacio en el alma para guardarlos allí, para tenerlos cerca a la hora de compartir las felicidades de su vida o incluso cuando el aire huele a tristeza y necesita que lo abracen, como la primera vez.**